

# RAMIRO DE MAEZTU (1874-1936)



## Biografía y trayectoria espiritual

Ramiro de Maeztu es una de las personalidades más importantes de la generación del 98 y se sitúa en el mismo nivel que Unamuno, Baroja, Valle Inclán y otros.

Se ha dicho, y con razón, que Maeztu es, seguramente, el intelecto más constructivo de cuantos produjo España en la primera mitad de nuestro siglo.

Se ha estudiado poco, quizás porque este pensador difundió sus ideas a través de miles y miles de artículos, publicados en gran número de periódicos, revistas y semanarios nacionales e internacionales. Se calcula que escribió más de 13.000 artículos desparramados en la Prensa española e hispanoamericana. Este año celebra España el centenario de su nacimiento. Efectivamente nació Ramiro de Maeztu en Vitoria (Alava), el 4 de mayo de 1874 de un padre navarro y de una madre inglesa, Juana Whitney. Fue educado de manera austera y severa, así como sus hermanos y hermanas, Angela, Miguel, María y Gustavo. Estudió el bachillerato en Vitoria. Su familia que vivía desahogadamente con la renta que les proporcionaban fincas en Cuba, empezó a experimentar dificultades materiales, como consecuencia de los varios movimientos de independencia en la isla cubana. De sus años mozos, nos habla Maeztu (en un artículo *Juventud menguante*, 18-3-1904, en *Alma Española*):

«Maeztu fue un niño altanero y feliz; su padre que le quería con cariño ambicioso y exclusivo, le sometió en sus primeros años a severa disciplina intelectual, moral y física, reglamentando férreamente su vida, sujetando a horario sus ejercicios y sus juegos, dándole profesores de idiomas, cultura general, gimnasia, esgrima, equitación, dibujo y música y constituyéndose en educador de su hijo. Y así, hizo del muchacho un primer premio de bachillerato y el mocete más duro y más intrépido de los de su edad y población. Por causas ajenas a

la voluntad de nadie, hubo de quebrantarse la disciplina educativa y a la opulencia sucedió la miseria. Primero se marchó el padre a América, en defensa del capital amenazado; luego fueron desapareciendo profesores particulares, sirvientes, caballos, coches, arneses, libreas, casa lujosa, muebles de precio, alhajas, sedas, libros, mientras de diez en diez días se aguardaban del Correo de Cuba pliegos de valores que no llegaban nunca. Se hudió el crédito de la casa, algunos acreedores se insolentaron, se vivió una vida falsa durante años, sin otro aliciente que las cartas de Cuba, llenas de ilusiones... Al curso natural de los estudios, sucedieron años de inacción forzosa, y el niño alegre y decidido cambió de carácter, se hizo temeroso y huraño...»

Va a empezar para Maeztu el duro aprendizaje de la vida. A los dieciséis años de edad, se marcha a París con el propósito de llegar a ser comerciante. Pero el muchacho no tiene dotes para este oficio. Regresa a Vitoria, para emprender el viaje a Cuba. Allí cumple para vivir toda clase de trabajos; dice él mismo:

«...pesó azúcar, pintó chimeneas y paredes al sol, empujó carros de masa cocida de seis de la tarde a seis de la mañana, cobró recibos por las calle de La Habana, fue dependiente de un vidriera de cambio..., y desempeñó otros mil oficios hasta que un día, llamado por su familia, regresó a la Península en la bodega de un barco transatlántico, convencido de no ser útil para nada...» (Mismo artículo.)

Entre esos «otros mil oficios» a los que alude, tuvo el, muy curioso, de lector de novelas en una fábrica de tabacos de La Habana. Estaba encargado de distraer a los obreros mientras trabajaban. Aunque existía una comisión encargada de seleccionar los libros, Maeztu leía a los tabaqueros las obras que más le gustaban. Además de libros españoles, Maeztu les leía obras extranjeras que iba traduciendo, por ejemplo Kipling, Kropotkin, Marx, Ibsen. Conviene decir que Ramiro de Maeztu dominaba varios idiomas, en particular el francés, el inglés, el alemán. Aunque trabajaba en la fábrica de tabacos, no le pagaban los dueños, sino los mismos obreros, que le daban algunas monedas.

A poco de haber regresado Maeztu a España, muere su padre. Ha de trabajar para ganarse la vida. Tiene apenas unos veinte años de edad. La dura experiencia cubana ha dejado en él una huella profunda. Recordará siempre su contacto con los trabajadores. Ya se da cuenta de los problemas sociales, económicos y políticos que se plantean en la isla. Su madre le consigue un puesto de periodista en «El Porvenir Vascongado», de Bilbao, y en 1895, a los casi veinte y un años de edad, escribe su primer artículo sobre Cuba. Esta va a ser su carrera, de la que no se desviará nunca. Dos años más tarde, se pueden leer artículos suyos en «Germinal» y en «El Socialismo Bilbaino».

Suele firmar con el pseudónimo de Rotuney (que corresponde a la última sílaba de su nombre Ramiro y de sus apellidos Maeztu Whitney).

Con el desastre de Cuba y el tratado de París en 1898, Maeztu experimenta, como sus compatriotas, la desgarradora impresión de un aniquilamiento total. Ante la catástrofe nacional, todos los españoles reaccionaban de la misma manera. Se busca a los responsables; los hombres políticos tienen la culpa de la derrota. Una oleada de pesimismo invade todo el país. Los pensadores, los periodistas y de una manera general, la juventud, hicieron una crítica despiadada de su propia patria. El mismo Maeztu escribía, quince años después, estas líneas llenas de amargura y resentimiento:

«Rápidamente se fue dibujando ante nuestros ojos el inventario de lo que nos faltaba. No hay escuelas, no hay justicia, no hay agua, no hay riqueza, no hay industria, no hay clase media, no hay moralidad administrativa, no hay espíritu de trabajo, no hay, no hay, no hay... ¿Se acuerdan Vdes.? Buscábamos una palabra en que se comprendieran todas estas cosas que echábamos de menos. «No hay un hombre», dijo Costa; «no hay voluntad», Azorín; «no hay valor», Burguete; «no hay bondad», Benavente; «No hay ideal», Baroja; «no hay religioón», Unamuno; «no hay heroísmo», exclamaba yo, pero al día siguiente decía: «no hay dinero», y al otro «no hay colaboración.»» (En «Nuevo Mundo», 13 de marzo de 1913.)

El eco doloroso del desastre cubano repercute largo tiempo en el corazón destrozado de los españoles que se interrogan y se plantean problemas para cambiar algo. El orgullo nacional está herido y el sentimiento patriótico está más fuerte que nunca. Joaquín Costa escribe su *Política quirúrgica*; Eusebio Blasco, su *Vida nueva*; Macías Picavea, *El problema nacional hechos, causas y remedios*; Francisco Silvela, *Sin pulso*.

En febrero de 1899, publicaba Ramiro de Maeztu, en Bilbao su famoso *Hacia otra España*. Este libro es una colección de 36 artículos ya publicados en varios periódicos, y dividido en tres partes. La primera es una visión general de la vida española (*Páginas sueltas*), la segunda plantea el problema de la guerra, y principalmente la de Cuba con sus repercusiones nacionales (*De las guerras*), y la tercera está orientada hacia la regeneración nacional, de allí su título de *Hacia otra España*. Expone Maeztu muchas ideas; por ejemplo, la responsabilidad del desastre de Cuba la tienen todos los españoles. Según él, los separatismos regionales no se justifican (igual pensaban Unamuno y Baroja). Hay que mantener la unión y la unidad de España. Se ha de fomentar la actividad de Castilla para que sirva de soporte a las zonas industriales. Critica a los que presumen de intelectuales, los cuales, con la vida que llevan, no pueden pensar, ni leer ni trabajar,

La actividad periodística le granjea a Maeztu cierta fama en el Madrid de principios de siglo. Forma parte de varias tertulias; acude a la de Baroja, en su propia casa, a quien había conocido en la redacción del *País*; se le encuentra en la de Ruiz Contreras, autor de las interesantísimas *Memorias de un desmemoriado*; en ella encuentra a Azorín, Rubén Darío, Benavente, Valle Inclán. También aparece en la tertulia del «Café de Madrid»; la «orchatería de Candella», en la calle de Alcalá; la «Cervecería Inglesa», de la Carrera de San Jerónimo; el «Nuevo Café de Levante», el «Café de la Montaña», tuvieron papel importante en la vida política y literaria de la capital. Allí se juntaban aquellos personajes tan típicos del 98: Azorín con su monóculo y su famoso paraguas rojo; Baroja, con su boina, su bufanda y su chaquetón largo y sucio; Valle Inclán, con su vasto chambergo, sus largas barbas de chivo, y su amplia capa, Alejandro Sawa, con sus cabellos a media melena y partidos en crenchas iguales, una barba nazarena (dice Zamacois en sus *Memorias*), y sus botas destrozadas; Rafael Urbano con un macfarlán negro; Silverio Lanza (pseudónimo de Juan Bautista Amorós) siempre vestido de negro, con levita larga y sombrero de copa; Maeztu, alto, fornido, con sus ademanes singulares de medio loco.

Alrededor de una mesa, delante de una taza de café, un vaso de cerveza, de horchata, o una copa de vino, se discute sobre el porvenir de España, y los ideales comunes aproximaban a los hombres y se forjaban amistades. Así fue como Azorín, Baroja y Maeztu crearon la revista «Juventud», que duró del 1.º de octubre de 1901 al 27 de marzo de 1902. Movidos por el mismo ideal de regeneración de la patria, redactan el famoso *Manifiesto de los Tres* (así se llaman y firman, sin que se sepa exactamente qué parte redactó cada uno de ellos) que se publica en diciembre de 1901. En este *manifiesto*, que alcanzó poco público, analizan la situación social y política, intentan agrupar a todos los jóvenes, infundirles amor a la patria, renovar las estructuras del país después de echar abajo las que estaban vigentes y habían dado prueba de su total ineficacia. Mucho idealismo, mucha utopía, pero muy poco sentido de lo concreto, de lo real y factible tenían los *Tres*, como los demás noventayochistas, cuyos propósitos fracasaron no porque eran malos, sino porque eran inaplicables en la España de aquellos años. La juventud en general y los pensadores políticos en particular tienen actitud antiparlamentaria. Casi todos son partidarios de un régimen fuerte, enérgico, eficaz. Los *Tres* se entrevistaron con varios jefes militares, entre los cuales estaba el general Camilo García de Polavieja (1838-1914), para estudiar las ventajas de una dictadura militar que juntase las tres condiciones de ser liberal, técnica y antiparlamentaria.

Una política renovadora requiere, decía Joaquín Costa, un «cirujano de hierro», el cual admite una dictadura y se aviene a una especie de fórmula

intermedia —conservar las Cortes al lado del gobierno personal—, mientras que Maeztu fía la regeneración de España a la empresa privada y habla del «sentido reverencial del dinero».

Pero todos esos jóvenes —periodistas, ensayistas o escritores— que a principios de este siglo tienen menos de treinta años de edad, discrepan unos de otros, sobre detalles, circunstancias y condiciones de llevar a cabo la regeneración de España. «Si es verdad que se respetaban, escribe José María Salaverría, cierto es también que no se querían mucho. Azorín estimaba a Baroja con fervorosa fidelidad y ahí terminaba la historia de sus simpatías. Maeztu tenía celos de Azorín y detestaba a Baroja. Baroja detestaba a Unamuno y hablaba mal de Maeztu, y Unamuno no quería a nadie».

*La Correspondencia de España*, periódico madrileño, manda a Maeztu a Londres, donde va a quedarse casi tres años (1905-1907). Desde la capital inglesa escribe unos trescientos artículos. Su estancia está entrecortada por viajes a Holanda y a Alemania. Pero no deja de pensar en el problema de España a la que se ha de amar con «amor trascendente». Y no deja de polemizar con aquellos con los cuales no está de acuerdo; con Ortega y Gasset, pero le felicitará cuando haya sacado la cátedra de Metafísica. Con Unamuno, a quien acusa de padecer «el ansia viva de inmortalizarse» y que lo confiesa «a todas horas, en su prosa, en sus versos y en sus discursos». Escribirá Maeztu una serie de artículos sobre el egotismo dirigidos contra el rector de la Universidad de Salamanca. Pero estos ataques no perjudican las relaciones familiares. Unamuno alojaba en su propia casa a María, hermana de Maeztu, cuando preparaba la carrera de Filosofía y Letras.

El 7 de diciembre de 1910 pronuncia en el Ateneo de Madrid una resonante conferencia sobre *La revolución y los intelectuales*, en la que reconoce la gran influencia de Costa sobre su trayectoria espiritual, en lo que se refiere al problema de España. Escribe estas frases: «No debemos a Costa una lección inmortal de patriotismo y una lección de estilo político; le debemos el habernos enseñado a enfocar el problema de España en términos de Europa».

Sigue viajando Maeztu por España, Inglaterra e Italia y manda crónicas de sus viajes a los varios periódicos con los que colabora.

Estalla la primera guerra mundial. Está en Inglaterra, como corresponsal de guerra. Allí es donde se casa (el 14 de diciembre de 1916), con una inglesa, Miss Alice Mabel Hill, y donde publica un libro en inglés (*Authority, Liberty and function in the light of the war*) que él mismo traducirá al español en 1919 con el título de *La crisis del humanismo*. En esta obra, importantísima en su ideología, estudia los tres principios fundamentales de autoridad, libertad y función. Elabora un sistema político-social antiliberal con base sindicalista. Se vuelve hacia la Iglesia porque le parece que «la

Iglesia ofrece a todos los occidentales el modelo de asociaciones... El individuo aislado, impotente para mantener su fe y para ajustar su vida a sus creencias, se asocia a la Iglesia en busca de ejemplos y doctrinas que le fortalezcan». Que conste que, para la historia de las ideas y para la evolución de la trayectoria espiritual de Maeztu, estas frases se escribieron en 1916 y 1919. No cabe duda de que hay gran diferencia entre el Maeztu de 1898 y el autor de la *Crisis del humanismo*. El mismo se da cuenta de esta evolución, muy propia de un joven que pasa a la madurez, y se ha enriquecido con viajes, lecturas, estudios y contactos humanos. Así escribe:

«en 1898, yo no era más que un jovencuelo con más pasiones que saber». (*El sol*, 13-1923).

«Allá en 1898, padecía yo un ataque de progresismo exacerbado por las desgracias de mi patria que me hizo decir cosas de las que tuve luego que arrepentirme». (*Diario de Navarra*, 25-5-1935).

Se había acabado la primera guerra mundial, y la revolución comunista se había apoderado de Rusia a partir de 1917.

El marasmo general, económico, social, político, que se extendió por el mundo europeo impresionó profundamente a Maeztu. Aunque España se había quedado fuera del conflicto, numerosas dificultades perturban la vida de los españoles. El golpe de Estado del general Primo de Rivera, en 1923, corresponde al intento de arreglar una situación grave. Maeztu que, en 1901, había deseado una dictadura militar, aprueba el golpe de Estado y la constitución de un directorio militar. Ha sido siempre partidario de la autoridad, del orden, de la fuerza en todos sus aspectos, militar, económico, e intelectual. Exalta al ejército como símbolo de la unidad nacional, el cual puede realizar la gran misión de la defensa de los valores eternos de España. Escribe estas frases:

«frente al terrorismo amparado por la incuria de testigos y jurados, había que afirmar el imperio de la ley; frente al secesionismo, la bandera nacional. He aquí una obra que no podía realizar el liberalismo. He aquí una función que tenía que realizarse desde arriba y cuyo órgano tenía que ser el ejército, porque presenta la disciplina frente al desorden, la unidad nacional frente a las tendencias separatistas... Se trata, pues, de continuar la obra de los Reyes Católicos».

En siglos anteriores, tuvo España la misión de la salvación de la Cristiandad. Entre las ideas político-filosóficas de Maeztu, ocupa sitio predilecto la teoría del providencialismo. Cada vez más se aferra Ramiro de Maeztu a su ideal religioso. Se habló de su conversión. Pero él mismo negó haberse convertido; dice, por ejemplo:

«No creo que pueda llamarme converso, porque nunca se rompieron del todo los lazos que me unían a la Iglesia. Verdad que con los

extravíos de la primera juventud surgieron en mi alma las primeras dudas y que no me cuidé en muchos años de buscar personas que me las aclarasen». (*Acción española*, Madrid, octubre de 1934).

Ramiro de Maeztu explica que permanecía alejado, pero no separado de la Iglesia, porque no veía en ella sus remedios para los males de la patria. Explicará, más tarde, que son los filósofos alemanes, los que le hicieron volver al catolicismo:

«El hecho es extraño, pero yo debo a Kant, cuya filosofía empecé a estudiar en Alemania, en 1911, el fundamento incommovible de mi pensamiento religioso». (*Acción católica*, oct. de 1934).

Maeztu forma parte de la Iglesia militante. Su catolicismo profundo y sincero, dijo la gran poetisa chilena Gabriela Mistral, le ha valido una reputación de reaccionario que no merece. Explica Ramiro de Maeztu su posición:

«Ha sido el amor a España y la constante obsesión por el problema de su caída lo que me ha llevado a buscar en la fe religiosa las raíces de su grandeza antigua».

Anda Maeztu tras la gloriosa continuidad de España. La busca en la historia, y la descubre en la literatura; así, en 1926, publica su *Don Quijote, Don Juan y la Celestina*. Pero lo interesante y revelador de la finalidad de estos «ensayos en simpatía» son los subtítulos:

Don Quijote o *el amor*;

Don Juan o *el poder*;

La Celestina o *el saber*.

Amor, poder, saber, éstos son los tres atributos divinos. Estos tres personajes reflejan tres aspectos de la mentalidad hispana y corresponden a un significado político-social.

Sigue Maeztu con su actividad de periodista y de conferenciante.

Es enemigo del comunismo y de todos los sistemas políticos que, en su opinión, van en contra de la grandeza de su país. Se opone al marxismo y al materialismo que representan, para él, todo lo contrario de su ideal de vida y de pensamiento. Contra los que le acusaron de haber sido anarquista, se defiende con vehemencia, explicando con muchos pelos y señales que, desde siempre, toda su actividad ha sido en pro de la patria, y añade finalmente:

«por si hubiere personas veraces que repitieran tal cosa, les diré que es falso y que la primera organización política a que he pertenecido en mi vida fue la *Unión patriótica*, en la que tuve el honor de ingresar a fines de enero de 1927». (*Las Provincias*, Valencia, 29-3-1934).

Tampoco ha sido anticlerical. «No lo fui nunca», proclama con fuerza y añade en otro artículo: «nunca he sido un tragacuras». (*Diario de Navarra*, Pamplona, 25-5-1935).

Entre el 15 de diciembre de 1927 y el 28 de marzo de 1930 es embajador de España en Argentina, desde donde sigue mandando a los periódicos y semanarios de España crónicas y artículos.

Al año siguiente de regresar a la Península, funda (en diciembre de 1931) la *Acción española*.

Para entender mejor la creación de esta revista, hay que situarla en el contexto histórico. El 12 de abril de 1931, en las elecciones municipales, la derecha está derrotada y salen inesperadamente vencedores los partidos de izquierda. El rey Alfonso XIII abandona el poder y se marcha al exilio. (El 16 de abril de 1931). Es un momento eufórico entre los partidos de izquierda y una impresión de catástrofe entre los de derecha. De todas formas, es la señal de un cambio profundo y de un desequilibrio angustioso. Maeztu, que no se aparta de su trayectoria político-filosófica, sigue luchando con la palabra y con la pluma, en pro de su ideal de siempre. Por eso es por qué cree conveniente y necesaria la creación de la revista *Acción española*, prácticamente inspirada e influida por el periódico francés *L'action française*, dirigido por el famoso Charles Maurras, partidario de un nacionalismo integral, de una monarquía hereditaria, antiparlamentaria, enemigo de los conceptos liberales y democráticos de la república. Otras tantas ideas que defendía Maeztu. En un artículo publicado en *Las Provincias*, de Valencia, explica la finalidad de *Acción española*. Así dice:

«El objeto de la revista es reivindicar a España como ser histórico y enlazarla al sentido del mundo, romper el *boycot* que se ha hecho entre nosotros a la inmensa literatura reaccionaria que está brotando en todas partes, y especialmente en los países latinos, Francia, Italia y Portugal; mostrar que el mundo vuelve a estar con la España tradicional y buscar donde quiera la manera de armonizar, como lo hicimos en nuestros grandes siglos, los principios de autoridad y jerarquía, necesarios a la civilización, con los de amor y humanidad, que el corazón del hombre exige. Queremos mostrar que la tradición española está en lo cierto y no necesita sino adaptarse al moderno lenguaje para que se disipe esa dogmática de la revolución que hacía hablar a nuestros primates monárquicos como avergonzados de no ser republicanos, porque todavía no era la hora, y a los republicanos de no ser anarquistas, y a los ricos, como el conde de Romanones, de ruborizarse de sus propiedades...».

Añade también que *La acción española* «viene a romper el aislamiento



en que, respecto del mundo, se sentía la tradición española, a aportar razones a la razón, a hacer su esfuerzo por conquistar a los que piensan».

Señala, por fin, en el mismo artículo arriba citado, que la revista *Acción española* corresponde a «un intento de que España vuelva a su ser, que es recobrar su vida. No es una nueva fe, pero sí un acento nuevo de confianza en que el espíritu de España es el aliento de la humanidad».

Como se habrá notado, es Ramiro de Maeztu acérrimo defensor de la tradición, porque encuentra en ella, a través de la Historia, la realización de aquel ideal político y religioso, gracias al que pudo España, según él, llevar a cabo las heroicas empresas que la hicieron célebre y respetada por el mundo. En su opinión, tradicionalismo es sinónimo de patriotismo y de grandeza nacional.

«Mientras España fue tradicional, nos dice Maeztu, creyó en sí misma y así misma fue fiel, innovó y creó todo el tiempo; pero cuando empezó a creer que la verdad no estaba en sí misma, sino en Versalles o en Londres, dejó de innovar y de crear, para convertirse en triste imitadora, necesariamente rezagada, de países extranjeros». (*Las Provincias*, Valencia, 29-8-1935).

Según Ramiro de Maeztu, no representan los tradicionalistas, como se ha dicho «la España que bosteza», «la España que se muere», «la España de charanga y pandereta». La defensa de la tradición y de los valores morales es para Maeztu una necesidad absoluta:

«Volver la espalda a la tradición de España, es cegarse a la comprensión y al sentimiento de los máximos valores humanos, prescindir de la sal de la tierra, desconocer la epopeya más grande que jamás pueblo alguno ha realizado en beneficio de la humanidad».

¿Qué representan, pues, los tradicionalistas? Contesta Maeztu de la siguiente forma:

«Nosotros representamos la humanidad frente a las sectas; el servicio, frente al egoísmo; la imparcial justicia, frente a la legislación de los partidos; la obligación del progreso, frente al dogma absurdo del progreso fatal; el espíritu, frente a la materia, la Hispanidad, frente a la antipatria». (*Las Provincias*, Valencia, 29-8-1935).

Pero el gobierno republicano no veía con mucha simpatía la actividad de Maeztu. El 5 de agosto de 1932, por orden superior, se cierran los locales de *Acción española*, sin avisar a su director, el propio Maeztu, que se hallaba en Bilbao. Protesta en las columnas del diario monárquico ABC (10-8-1932), explicando que la restauración a que tiende *Acción española* es «sobre todo y ante todo, la del espíritu español en su españolidad», añadiendo que:

«nuestro negocio, en suma, es el de las grandes ideas filosóficas, morales y económicas, así como el de los grandes conceptos históricos. Las derivaciones políticas de esas ideas y de esos conceptos no son tarea de *Acción española*, aunque cada uno de sus socios saque las consecuencias que le plazcan». (A B C, 8-3-1933).

Insiste también, en el mismo artículo, en que

«La obra de la Sociedad ha sido estrictamente cultural. Quisimos que fuera la escuela de los enamorados de la tradición española... Se trata de una escuela de ideas, no de un centro político».

Pero estas ideas van en contra de la doctrina republicana, se considera a los socios de *Acción española* como personajes peligrosos. Ya habían empezado disturbios en la calle. El 10 de mayo de 1931 ardían varios edificios en Madrid; se intentó incendiar el del diario A B C. Las elecciones generales de julio de 1931 confirman el triunfo de la izquierda. Hay movimientos revolucionarios y huelgas generales. La agitación se extiende por todas partes. Para sosegar al pueblo, y eliminar a la oposición de derecha, el gobierno de Azaña decide echar en la cárcel a los de la junta directiva de *Acción española*, pero a los diez y seis días, los ponen en libertad, sin que hubiesen conocido exactamente por qué motivos estuvieron encarcelados.

No cambian nada estas vicisitudes en un hombre tan tercamente empeñado en la defensa de la patria. Continúa Maeztu escribiendo artículos, participando en reuniones públicas, exponiendo incansablemente sus teorías sobre España y sus problemas.

Mientras tanto, las elecciones de noviembre de 1933 dan la mayoría a los partidos de derecha, porque muchos españoles que habían aceptado, al principio, la experiencia de una república moderada, se asustaron al ver la agitación casi permanente, las exacciones, los incendios, las huelgas. Poco antes de las elecciones, el 29 de octubre de 1933, el hijo de Primo de Rivera, José Antonio, funda una agrupación política, llamada *Falange Española*. Vive España días sombríos, preludio al enfrentamiento de dos bloques opuestos. Maeztu mira con angustiada emoción la evolución de los acontecimientos. Queda aferrado a sus teorías sobre el tradicionalismo. En 1934, publica su *Defensa de la Hispanidad*, con el subtítulo de *Libro de amor y de combate*, que recoge una serie de artículos publicados en *Acción española*. Para él, la Hispanidad se salvará por los ideales tradicionalmente españoles: patria, fe, idioma, cultura. Es una especie de «código de lo español, de su razón de ser, y a la vez, una suma de aspiraciones y conquistas en que lo español se impone como una misión de destino». (P. Félix García). Ataca con fuerza y hasta con cierto tono mesiánico las doctrinas extranjeras que se implantaron en España, en los siglos XVIII y XIX. Intenta unir a todos los

pueblos «hispanicos» de cada lado del Atlántico. Es entusiasta y fervoroso defensor de los valores espirituales.

El 30 de junio de 1935, ingresa Maeztu en la Real Academia española. Versa su discurso sobre la brevedad de la vida en la poesía lírica española. Le contesta Agustín González de Amezúa que elogia su amor a España.

Mientras tanto, se juntan las izquierdas para formar el movimiento llamado *Frente popular*, en 1935, con objeto de luchar contra las derechas de la República. Maeztu continúa publicando artículos, desarrollando sus ideas y llamando la atención sobre el peligro interior que amenaza España. Su anticomunismo no flaquea; al contrario, se hace más duro y violento. En unos años en que los partidos de izquierda atacan a la Iglesia y algunos exaltados grupos anarquistas saquean e incendian catedrales y conventos, Maeztu invita con serenidad a sus compatriotas a que trabajen por «España católica, por encima de todo».

Las elecciones del 18 de febrero de 1936 dan la victoria total al Frente Popular. Llegamos ahora a los albores de la guerra civil.

El 17 de julio de 1936 escribe Maeztu en ABC su último artículo, tres días antes de que el gobierno de Frente Popular se incautase del periódico. En él vuelve a repetir, una vez más, la primacía del espíritu. Entresacaré estas líneas:

«No cabe más libertad que la del espíritu y ésta no se obtiene con la libertad de la barbarie, sino con la sojuzgación de la naturaleza por el espíritu».

De la civilización decía:

«Hay que defenderla. Está siempre amenazada. Como la muerte a la vida, así pone cerco la vida animal a la del espíritu».

En el Madrid que huele a revolución y a pólvora, se siente Maeztu intranquilo. Le han amenazado repetidas veces.

El 18 de Julio de 1936, estalla el levantamiento franquista. En Madrid se organizan milicias, se arma a los obreros y se constituyen grupos de protección encargados de buscar a los enemigos.

Maeztu está detenido, antes de haber podido marcharse de la capital, el 31 de julio de 1936. Sabe que no saldrá de la cárcel y, sin embargo, guarda o finge guardar confianza y hasta buen humor ante la muerte que se cierne. Pasan los días en la inacción del encarcelamiento. El 1.º de octubre, para divertirse, organizan los prisioneros un acto académico de apertura de año universitario. Cada uno de los presos desempeña un papel distinto, uno hace de rector, otro de alcalde, otro de director de la Biblioteca nacional, otro de ministro de educación (era Maeztu); se habían envuelto con las mantas de sus camas para representar los hábitos oficiales. Maeztu

hizo un discurso en alabanza de Fernando VII creador... de las escuelas de tauromaquia...

El 29 de octubre de 1936, uno de los carceleros le vino a buscar. Comprendió lo que iban a hacer con él. Se despidió con serenidad de sus compañeros y anduvo valerosamente a la muerte.

Maeztu, que ha sido comparado con el escritor inglés Gilbert Keith Chesterton (1874-1936), polemista violento, convertido al catolicismo, y con el francés Ernest Hello (1828-1885), escritor católico y satírico, ha sufrido una doble influencia, inglesa, por su madre, y alemana por sus estudios filosóficos. En efecto, como todos los de la generación del 98, se empapó mucho en el pensamiento de Nietzsche, a quien llama con cierta admiración y cariño «Nuestro Nietzsche» en un artículo publicado en *La Prensa* de Buenos Aires (16-10-1932). Decía Azorín de él que era el más exaltado de los nietzscheanos y Baroja afirmaba que Maeztu quería ser el «Nietzsche español».

Entre los de la generación del 98, fue el único «fiel a la primitiva orientación sociológica y política de la generación; el único deliberadamente constructivo y responsable». (García Escudero).

Se dedicó Maeztu durante toda su vida a un periodismo de ideas. Su patriotismo es el mismo en 1898 que en 1936. Hay una continuidad de orientación y de rumbo tras las más aparentes contradicciones y cambios, escribió su hermana María. Sólo hizo los necesarios reajustes a lo largo de su vida, andando siempre por el camino trazado desde su juventud.

En la historia de las ideas, ocupa Ramiro de Maeztu una posición importantísima. El día que se hayan reunido los trece o catorce mil artículos que escribió en casi cuarenta años de periodismo, cuando se estudie más detenidamente la evolución de las ideas entre 1898 y 1936, la influencia del contexto internacional, las orientaciones de los principales países europeos y de los partidos políticos, entonces se podrá hacer una valoración exacta y tener un conocimiento íntimo de aquel periodista y pensador que defendió su ideal de vida y de fe.

Ramiro de Maeztu, el de la «cara tan funeral», según palabras de Clarín, es uno de aquellos hombres que expresaron con más fuerza y convicción algunos de los aspectos del vivir hispánico, reflejaron el pensamiento de una generación, e intentaron sacudir la conciencia social de los españoles.

ANDRE NOUGUE